

LAS 'VILLAS DE EMERGENCIA' COMO ESPACIOS URBANOS ESTIGMATIZADOS

Mabel Nélica Giménez y María Elena Ginóbili

Universidad Nacional del Sur, Argentina.

E-mails: mgimenez@criba.edu.ar; ginobili@criba.edu.ar

Recibido: 6 Marzo 2003 / Revisado: 10 Abril 2003 / Aceptado: 14 Mayo 2003 / Publicado: 15 Junio 2003

Resumen: En la última década, la mayoría de las ciudades de Argentina se desarrollaron de acuerdo a dos patrones: extensión territorial y segmentación interna. Los sectores de altos ingresos se aíslan voluntariamente en zonas periféricas exclusivas, en barrios autosuficientes, dotados de costosas viviendas, servicios, seguridad privada, etc. Los más carenciados se ubican también en la periferia pero en áreas de menor valor, conocidas con el nombre de "villas de emergencia" o "villas miseria", caracterizadas por un alto grado de precariedad y deficiente equipamiento social. El trabajo intenta reflexionar sobre las relaciones que se establecen entre estos espacios urbanos y las identidades de sus habitantes.

Palabras clave: Argentina, villas de emergencia, crisis socioeconómicas, urbanización, zonas periféricas, marginación, asentamientos precarios, pobreza, exclusión social, red simbólica.

Durante las últimas décadas del siglo XX Argentina fue escenario de diversas crisis socio-económicas que se profundizaron en los 90 como consecuencia de la implementación de un nuevo modelo de crecimiento basado en el paradigma neoliberal. El proceso de privatización de empresas públicas, la reorganización del Estado, la apertura de la economía, la reconversión del sector privado, etc., no sólo afectaron la estructura productiva sino que ocasionaron traumáticas transformaciones en el tejido social y un significativo incremento de la pobreza.

Al grupo de población históricamente pobre se han sumado otros como consecuencia del

deslizamiento de la clase media, configurando una complejidad que se agrega a la usual heterogeneidad de los sectores carentes. La nueva cartografía social argentina revela una creciente polarización entre los ganadores y los perdedores del modelo, imagen que echó por tierra el poderoso mito integrador del progreso indefinido, estrechamente asociado a la idea de una clase media fuerte y culturalmente homogénea, cuya expansión a lo largo del siglo XX parecía haber confirmado su adecuación a los modelos económicos implementados.

El alto grado de urbanización del país hace que la pobreza se concentre en las ciudades; sin embargo, los tradicionales mecanismos de integración social que éstas poseían hasta mediados de los 70 -enseñanza pública, sistemas de salud pública, lugares centrales de recreación y cultura, etc.- se fueron debilitando para dar lugar a una creciente segregación socio-espacial. En la última década, la mayoría de los centros urbanos de tamaño grande y mediano se desarrollaron de acuerdo a dos patrones diferentes pero simultáneos: extensión territorial y segmentación interna.

Los sectores de altos ingresos se aíslan voluntariamente en zonas periféricas exclusivas, en barrios autosuficientes, dotados de costosas viviendas, servicios, seguridad privada, etc., mientras que los más carenciados se ubican también en la periferia pero en áreas de menor valor inmobiliario, caracterizadas por un alto grado de precariedad y severas deficiencias en materia de equipamiento social. En las márgenes de las ciudades argentinas van multiplicándose las "villas de emergencia", "villas miseria" o "asentamientos precarios". El trabajo intenta

abordar las relaciones que se establecen entre tales espacios urbanos y las identidades.

En este contexto, la "villa" constituye no sólo un enclave de pobreza dentro de la ciudad sino también un espacio estigmatizado en donde la trama cultural construye una identidad también estigmatizada en sus habitantes.

El planteo lo realizamos desde enfoque multidimensional de la ciudad, considerándola como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión; la incorporación de la trama cultural al análisis es una estrategia que nos permitirá aproximarnos a una mejor comprensión de la problemática. Nos apoyaremos en los resultados obtenidos en diversos trabajos de campo realizados a partir de 1997 en "villas de emergencia" de la ciudad de Bahía Blanca (Argentina). No es nuestro objetivo llegar a conclusiones cerradas ni a recomendaciones de política social, sólo reflexionar sobre una realidad que está transformando las ciudades argentinas.

"La villa es un lunar de la ciudad..., el último refugio de seres marginales e intrusos. La sabiduría popular le encontró denominaciones entre pintorescas e irónicas. Tugurios, cantegriles, villas miseria, callampas, favelas: múltiples designaciones para nombrar un mismo fenómeno urbano que comenzó como excepción y amenaza hacerse regla en las grandes metrópolis latinoamericanas"¹.

En Argentina estos asentamientos precarios se conocen como "villas de emergencia" o "villas miseria"; su desarrollo en el área metropolitana de Buenos Aires y otros centros urbanos del interior del país comienza en la década del 50, creciendo su importancia a partir de mediados de los 60, coincidiendo con el agotamiento de la primera etapa del modelo económico de sustitución de importaciones. La segunda etapa, basada en industrias capital-intensivas, además de requerir una cantidad menor de trabajo por unidad de producto, provocó la desaparición de pequeñas y medianas empresas que se habían desarrollado en el pasado, disminuyendo la posibilidad de acceder a un empleo industrial estable. Los asalariados de menores ingresos comenzaron a ocupar zonas alejadas de los centros urbanos, de difícil acceso y deficiencias de infraestructura. Si bien no puede identificarse un patrón único, en general la localización inicial de muchas villas estuvo relacionada con la posibilidad de

obtener empleo en sus proximidades, abaratando de este modo los costos de transporte.

Un informe de la Comisión Municipal de la Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires del año 1980 caracteriza a las "villas de emergencia" como "asentamientos ilegales de familias en tierras fiscales, y en algunos casos de particulares, con construcciones que no cumplen normas mínimas edilicias o de habitabilidad, sin infraestructura de servicio, ni salubridad e higiene compatible con la vida urbana, configurando un alto grado de hacinamiento poblacional y familiar"... "son familias provenientes en su mayoría del interior del país y de países limítrofes, con escasos recursos económicos y baja calificación de mano de obra, que se encuentran en estado de marginalidad"².

En la actualidad Argentina tiene más pobres que a comienzos de los años 80, en números absolutos y como porcentaje de la población total. Más personas tienen ingresos que están por debajo de la línea de pobreza y que no alcanzan a cubrir sus necesidades básicas. La ausencia o precariedad de los ingresos familiares ha provocado, entre otras cosas, serios problemas en materia de vivienda, de hacinamiento, produciendo un creciente proceso de exclusión urbana y suburbana, dando lugar a la aparición de nuevas y numerosas "villas miseria".

La movilización y la organización de los vecinos en un "asentamiento" se presentan como una práctica compleja donde intervienen varias relaciones sociales. La pobreza y la vulnerabilidad social motivan que la acción colectiva sea frente al Estado. Esto es así en la medida en que muchas de las demandas dependen de instituciones públicas para su solución y que en la cultura de los "villeros" se entiende que al ocupar ilegalmente las tierras obligan al Estado a garantizarles el derecho a la integración urbana a través del hábitat.

La apropiación ilegal de tierras constituye el acto delictivo fundacional, punto de partida de la construcción de la identidad estigmatizada del "villero". Esta "ciudad ilegal" en gran medida ha sido producida y reproducida por el Estado mismo, que frecuentemente ha alentado esta solución extraoficial, incluso adjudicando viviendas precarias como forma marginal de asistencialismo³.

El sentimiento de pertenencia a un grupo humano -la identidad social- es siempre una cuestión de contexto dado nuestro carácter multidimensional, sin embargo, la mayoría de los individuos elegimos identidades relacionadas al espacio territorial. El ser social está profundamente ligado al segmento urbano que le toca vivir. El lugar de residencia junto al origen social, el tipo de experiencias y la posición ocupada en los distintos ámbitos sociales que se han transitado van forjando formas casi inconscientes de mirar el mundo y de representarse en él. Todo esto, según Bourdieu, va originando disposiciones a percibir, a actuar, a demandar -o a no demandar- que variarán según las clases sociales⁴.

Pero el espacio en que se habita frecuentemente se convierte en fuente de las identificaciones de los otros. Surgen así estereotipos fundados en la adscripción a un determinado hábitat, producidos por sectores ajenos al mismo. A menudo este mecanismo de asignación de identidades reviste connotaciones peyorativas: este es el caso de los habitantes de las "villas miseria", los "villeros"⁵.

La "villa" es para los demás un territorio de nadie, lugar oculto, caótico y peligroso. Representa un lugar vergonzante, símbolo permanente y doloroso de la desigualdad social. De esta manera la ciudad expresa la trama cultural que la constituye y pone de manifiesto sus contradicciones: los espacios urbanos emiten mensajes -a veces con formas de rechazo menos evidentes- que van organizando sus itinerarios, delimitando territorios, estableciendo formas sutiles de exclusión.

El fenómeno de la pobreza, y por lo tanto su definición, ha sido históricamente cambiante. Por ejemplo hasta mediados del siglo XIX sólo los incapacitados para trabajar eran considerados pobres y menesterosos; esta definición se amplía a partir de la industrialización y creciente urbanización, incluyendo en ella a todos los que vivían en condiciones miserables, independientemente de su capacidad para trabajar. La característica común a los diversos períodos históricos es el intento de clasificar al pobre, categorizarlo de acuerdo a determinadas características, etiquetarlo. Así la pobreza surge en sí misma como estigma, como desviación: ser pobre implica ser diferente en un sentido negativo o peyorativo. Incluso en las ciencias sociales raramente se los presenta como ciudadanos plenos, miembros de la comunidad

al igual que el resto: aparecen como una categoría inferior.

La aproximación habitual al complejo y heterogéneo mundo de los pobres se hace o bien en términos de carencia, de ausencia, de vacío -ser pobre es un no-ser-, o según un criterio de desigualdad en el cual la dispersión respecto a la media estadística -el hombre medio- representa el indicador objetivo de la pobreza. Generalmente al hablar de los pobres se lo hace en término de "ellos": aparecen siempre como extraños. Llegan a "nosotros" a través de estadísticas -"aumentó el número de personas que viven por debajo de la línea de pobreza"- o como historias individuales sin puntos de contacto con las nuestras.

Un denominador común en el tratamiento de la pobreza es la construcción de estereotipos: se extrapolan verdades sobre algunos individuos a grandes mentiras que se aplican a todo un grupo. Uno de ellos es considerar a los pobres como "carentes de dignidad"; éste tal vez es el rótulo con el cual se identifica en Argentina a los pobres que viven en las "villas": los "villeros". Las conductas que se le atribuyen se relacionan con el mundo de la delincuencia, la vagancia, la mendicidad, la no-dignidad, o sea un conjunto de connotaciones morales. De esta manera, la pobreza es presentada como consecuencia de una causa moral o cultural, negando lo estructural y social que hay en el fenómeno.

En el lenguaje cotidiano se encuentran arraigadas formas de clasificar a las personas, como por ejemplo "pobre", "villero", asumiendo que esas distinciones verbales representan cualidades naturales inherentes a esos individuos. En Argentina el pobre es aquel que merece ser asistido por sus valores morales y que habita en determinados barrios de la ciudad, mientras que el "villero" es un pobre "mal reputado", desacreditado, que vive en un lugar marginado, en terrenos ajenos y de mala calidad, sin planeamiento urbano, donde abundan los "pasillos" y "corredores" y predominan las construcciones precarias.

El término "villero" es muy flexible: se adecua a distintas situaciones e individuos; por ejemplo funciona como código racial (son los "negros", los "bolitas", los "paragua"), moral ("madre soltera", "prostituta", "borracho"), legal ("chorros", "faloperos"); siempre son "los vagos" que viven de la asistencia pública. El resto de la población cree que efectivamente

existe un grupo de personas homogéneo con las características que se atribuyen simbólicamente al "villero". Esta excesiva simplificación surge tal vez de la necesidad de organizar una cotidianeidad que se nos presenta confusa. Las identidades sociales son el resultado de complejos y conflictivos procesos de auto y alter atribución que se dirimen sobre todo en la arena simbólica; el material fundamental a partir del cual se construyen son los significados⁶. Por eso, detallar la identidad en el caso de los "villeros" es en cierta manera brindar una versión de los hechos que encuentran en el escenario urbano su sitio paradigmático.

Los "villeros", a pesar de pertenecer al conjunto de la población urbana, son los marginales, los antisociales confinados por su ubicación territorial; la identidad del grupo es portadora de los mismos estigmas de la "villa", la que funciona como barrera a la movilidad económica y social. En efecto, la identidad deteriorada del "villero" lo inhabilita para la plena aceptación social, hecho que se manifiesta en múltiples dimensiones:

- discriminación laboral: si son de la "villa", tienen problemas para conseguir trabajo;
- educativa: existe el prejuicio generalizado de que pertenecer a la "villa" es sinónimo de bajas capacidades intelectuales;
- social: el resto de la sociedad -incluso los niños de la escuela- rechazan establecer vínculos con los habitantes de la "villa", y
- ciudadana en general, incluyendo inseguridad jurídica, y en muchos casos la negación de todo derecho⁷.

Ser "villero" implica no sólo tener que soportar una carencia de bienes económicos, incomodidades y peligros, sino también ser objeto de sospecha, discriminado y segregado. Inferiorizado socialmente, lucha por diferenciarse de sus vecinos pero al mismo tiempo encuentra en la "villa" los medios de supervivencia: gratuidad de los terrenos, no pago de impuestos ni de servicios, beneficios asistenciales y una tupida red de relaciones sociales informales.

En el marco de un proyecto de investigación iniciado en 1997 con el objeto de analizar la problemática de la pobreza en Bahía Blanca y su

zona de influencia, se abordó el tema de los "asentamientos precarios".

Presentaremos brevemente la interpretación de algunos resultados parciales del trabajo de campo desarrollado. La gran complejidad de este fenómeno social nos obliga a una continua discusión teórica y conceptual todavía inconclusa.

Bahía Blanca es una ciudad argentina de tamaño intermedio, ubicada al sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Dentro de su trama urbana - al igual que en la de la mayoría de las ciudades del país- se encuentran espacios diferenciados en cuanto a infraestructura, equipamiento y calidad residencial. Las "villas de emergencia", ubicadas en su mayoría en áreas de bajo valor inmobiliario, aparecen como consecuencia de la imposibilidad de los grupos más carenciados de acceder al mercado de tierras y de viviendas debido a su mínimo -a veces nulo- e inestable ingreso; la usurpación de tierras públicas o privadas constituye casi la única forma de solucionar su problema habitacional.

La población de estos "asentamientos" ha aumentado por el aporte inmigratorio de otras zonas del país y de países limítrofes especialmente Chile y Bolivia, lo que profundiza la problemática del "villero", ya que la migración supone siempre un desarraigo, un cambio en la identidad, una profunda herida en los lazos culturales y afectivos. Toda migración tiene un costo derivado de la necesidad de inserción en una nueva cultura, donde los signos, las costumbres, los valores se decodifican e interpretan de manera diferente.

Entre los pobladores de las "villas" prevalece la economía informal, con la consecuente inestabilidad laboral y ausencia de cobertura social. En el caso de los hombres sobresalen el "cuentapropismo" y las "changas", mientras que en las mujeres, el servicio doméstico. A la precariedad laboral hay que agregar la baja capacitación y adaptación a los cambios de la demanda de mano de obra, lo que incide en las posibilidades de acceder al mercado formal de trabajo.

En general, los habitantes de estos "asentamientos" padecen el rechazo por parte del resto de la población debido a su mala fama e imagen negativa lo que contribuye a afirmar la condición de marginalidad en la que viven. Esta situación tiende a reforzar en muchos casos

conductas de violencia y agresividad hacia otros, tanto dentro como fuera de la "villa"; a esto hay que agregar la condición de ilegalidad en que viven muchos de los residentes (indocumentación, causas pendientes con la justicia, desempeño de actividades ilegales, etc).

La "villa" y el "villero" comparten el mismo estigma en la trama cultural de la ciudad: el aumento en el porcentaje de delincuencia y por lo tanto de inseguridad en Bahía Blanca durante los últimos años se asocia al incremento en la cantidad de asentamientos ilegales y de la población que los habita. Durante las observaciones y entrevistas etnográficas se evidenció que muchos de los habitantes de las "villas" tienen la necesidad de diferenciarse de sus vecinos, quienes sí responderían al estereotipo del "villero". Esta construcción de su autoimagen a partir de la diferenciación, les ayuda a creer que su situación actual es transitoria y que en el futuro podrán abandonar la "villa". Al respecto merece destacarse una experiencia reciente:

A fines de 1997, un grupo de casi 400 familias, invadieron tierras de propiedad del Estado Nacional. El Gobierno Municipal - anticipándose a los acontecimientos- las convocó, logrando consensuar un proyecto de urbanización para el área. A tal efecto, los vecinos formaron un grupo de trabajo y luego organizaron una Comisión Vecinal.

A partir del 1 de julio de 1999, dos técnicos municipales - un arquitecto y un agrimensor - trabajaron a fin de lograr una adecuada inserción del área en la trama urbana. Se avanzó en las tareas de mensura y subdivisión para ajustar y acondicionar el parcelamiento llevado a cabo por los ocupantes, de acuerdo a la normativa vigente y en los aspectos dominiales. Paralelamente, el Municipio nombró a dos trabajadores sociales a los efectos de brindar una adecuada contención social a los pobladores del lugar.

Algunos meses más tarde la comuna entregó los terrenos en condiciones de pago y precios accesibles a los residentes del asentamiento. Los mismos vecinos se encargaron de gestionar obras de iluminación; oportunamente el Municipio afrontó el pago que demandó la extensión de la red de energía eléctrica, costo que será incorporado al valor de la tierra, el que será abonado por los beneficiarios en cuotas mensuales.

Sin embargo, este paso hacia la "legalidad" ha implicado para muchos un desafío imposible de superar, por lo que se observa una gran movilidad dentro del asentamiento. Según informantes calificados, de los habitantes originales quedan en la actualidad menos del 50%.

Una visión simplista nos llevaría a afirmar que la causa de este hecho es económica, derivada de la imposibilidad de afrontar los gastos que implica vivir en la legalidad (pago de luz, agua, impuestos, etc.) dado los altos índices de desocupación que exhibe Bahía Blanca.

Sin embargo, hay otras teorías que se fundamentan en la no adaptación a las nuevas condiciones de vida. Por ejemplo, el sociólogo Oscar Lewis considera que la pobreza es una subcultura que se perpetúa intergeneracionalmente. Incluso, señala que cuando un niño llega a los seis o siete años, ya ha sido irremisiblemente moldeado en la cultura de la pobreza, siendo incapaz de aprovechar circunstancias cambiantes.

Hacia fines de los cincuenta diversos antropólogos y sociólogos comienzan a emplear la teoría de las redes sociales. En estos últimos años se continúa con el análisis de estas redes, convertidas en el análogo urbano de las estructuras sociales basadas en el parentesco. Esta nueva técnica permite a los antropólogos comprender los modos de funcionamiento de las relaciones domésticas y de parentesco de los grupos sociales más pobres de la ciudad. En este marco se puede entender cómo afecta el proceso de "relocalización" a las familias provenientes de la "villa".

El "desvillarizarse" es desprenderse de la marca asociada al espacio urbano vergonzante y al de sus habitantes. El cambio de hábitat resulta traumático para el "villero", no sólo porque se siente obligado a construirse una nueva identidad que tiene algo de ajeno, de prestado, sino porque le implica asumir la pérdida de las redes de solidaridad social de las que depende para subsistir y también su exclusión de los circuitos asistenciales. Por eso, regresar a la villa es volver a los parámetros habituales, es su manera de "estar siendo en el mundo"⁸.

Las urbes argentinas de principios del siglo XXI se asemejan a ciudades yuxtapuestas que funcionan como espacios totalmente diferenciados. En ellas pueden reconocerse

procesos significativos en los que se ponen de manifiesto la coexistencia de dos ciudades: la "legal" y la "ilegal". La primera, de rápido desarrollo, insertada positivamente en el modelo de crecimiento vigente; la segunda, totalmente excluida de los beneficios del progreso.

Esta realidad va construyendo no sólo un espacio territorial totalmente fragmentado, sino también símbolos diferentes que sobre él elaboran sus moradores.

La "ilegalidad" en la usurpación del territorio marca desde su origen a los "villeros", quedando ellos y el espacio físico manchados por la misma ignominia. Sus identidades están agujereadas por fracturas de todo tipo (miedo, violencia, vulnerabilidad, inferioridad, discriminación...). El paso a la "legalidad" en otro territorio que no le es propio y llegar a ser considerado "ciudadano pleno" es un proceso muy complejo que no todos están en condiciones de asumir. En muchos casos, la necesidad de recuperar las redes de parentesco y solidaridad como así también la ayuda asistencial provoca el regreso a la "villa", resignándose a continuar con el estigma del pobre mal reputado, "no digno" y a ser segregado socialmente.

La exclusión de sectores significativos de la población argentina de la posibilidad de acceder a mayores niveles de bienestar es la manifestación más aguda de la ausencia de un mínimo de equidad.

"La pobreza es la peor forma de violencia, porque hace patente la injusticia" (Mahatma Gandhi)

Nota

En el año 1981, según datos del Censo Nacional de Población y Vivienda, se registraban en la ciudad de Bahía Blanca 12 "asentamientos precarios", ubicados de manera envolvente en relación al casco urbano, ocupando generalmente tierras de propiedad del Estado Nacional. La población residente alcanzaba los 6.275 habitantes, o sea, el 2.7% del total del partido. En 1996, según un relevamiento del Departamento Municipal de Catastro, los "asentamientos" ascendían a 28 con una población estimada de 14.000 personas, es decir el 4.9% del total poblacional del aglomerado. Algo más de la mitad de los mismos se hallan emplazados en terrenos privados; la mayoría

está en proceso de regularización, ya sea a través de la radicación o de la erradicación. Esta precariedad dominial explica -en parte- la construcción deficitaria de las viviendas y la falta de compromiso hacia el barrio en general. La mayoría posee una infraestructura insuficiente -desagües pluviales y cloacales inexistentes, calles en mal estado, etc.- y recurrentes instalaciones clandestinas para la provisión de servicios. Con respecto a las condiciones ambientales, varios se encuentran localizados sobre terrenos inundables, donde las condiciones naturales no son adecuadas para el uso residencial.

BIBLIOGRAFÍA

- Formiga, N.; Garriz, E. "Empleo y marginalidad en la ciudad de Bahía Blanca", en Cernadas, M. y Bustos Cara, R., (ed.), *Estudios Regionales Interdisciplinarios*, Tomo I. Bahía Blanca, Ediuns, 1999.
- Giménez, M.; Ginobili, M. y Pérez, A. "Los comedores escolares en Bahía Blanca", en Cernadas, M. y Bustos Cara, R., (ed.), *Estudios Regionales Interdisciplinarios*, Tomo II. Bahía Blanca, Ediuns, 2000.
- Herran, C.; Medrano, S., "Desvillarizarse: relocalización y crisis de identidad en sectores sociales marginalizados". *Revista Actualidad Psicológica*, julio 1996, 10-14.
- Kusch, R., *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires, Ediciones Rodríguez Cambeiro, 1976.
- Margulis, M., "La discriminación social en la ciudad de Buenos Aires", en Margulis, M.; Urresti, M. (ed.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, UBA, 1997.
- Minujin, A. y Kessler, G., *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1995.
- Oszlak, O., *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires, Humanitas, 1991.
- Passeca, M., "Identidades y abordajes teóricos" en Margulis, M. y Urresti, M. (ed.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, UBA, 1997.
- Svampa, M., *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.
- Szulik, D., "Pobreza y discriminación social: los "villeros", en: Margulis, M. y Urresti, M. (ed.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, UBA, 1997.

NOTAS

¹ Oszlak, O., *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires, Humanitas, 1991, 147.

² *Ibid.*, 148.

³ Herran, C.; Medrano, S., "Desvillarizarse: relocalización y crisis de identidad en sectores sociales marginalizados". *Revista Actualidad Psicológica*, julio 1996, 11.

⁴ Minujin, A.; Kessler, G., *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1995, 46.

⁵ Herran, C.; Medrano, S., "Desvillarizarse: ...", op. cit., 10.

⁶ Passeca, M., "Identidades y abordajes teóricos" en Margulis, M. y Urresti, M. (ed.), *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, UBA, 1997, 81.

⁷ Herran, C.; Medrano, S., "Desvillarizarse: ...", op. cit., 10.

⁸ Kusch, R., *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires, Ediciones Rodríguez Cambeiro, 1976.